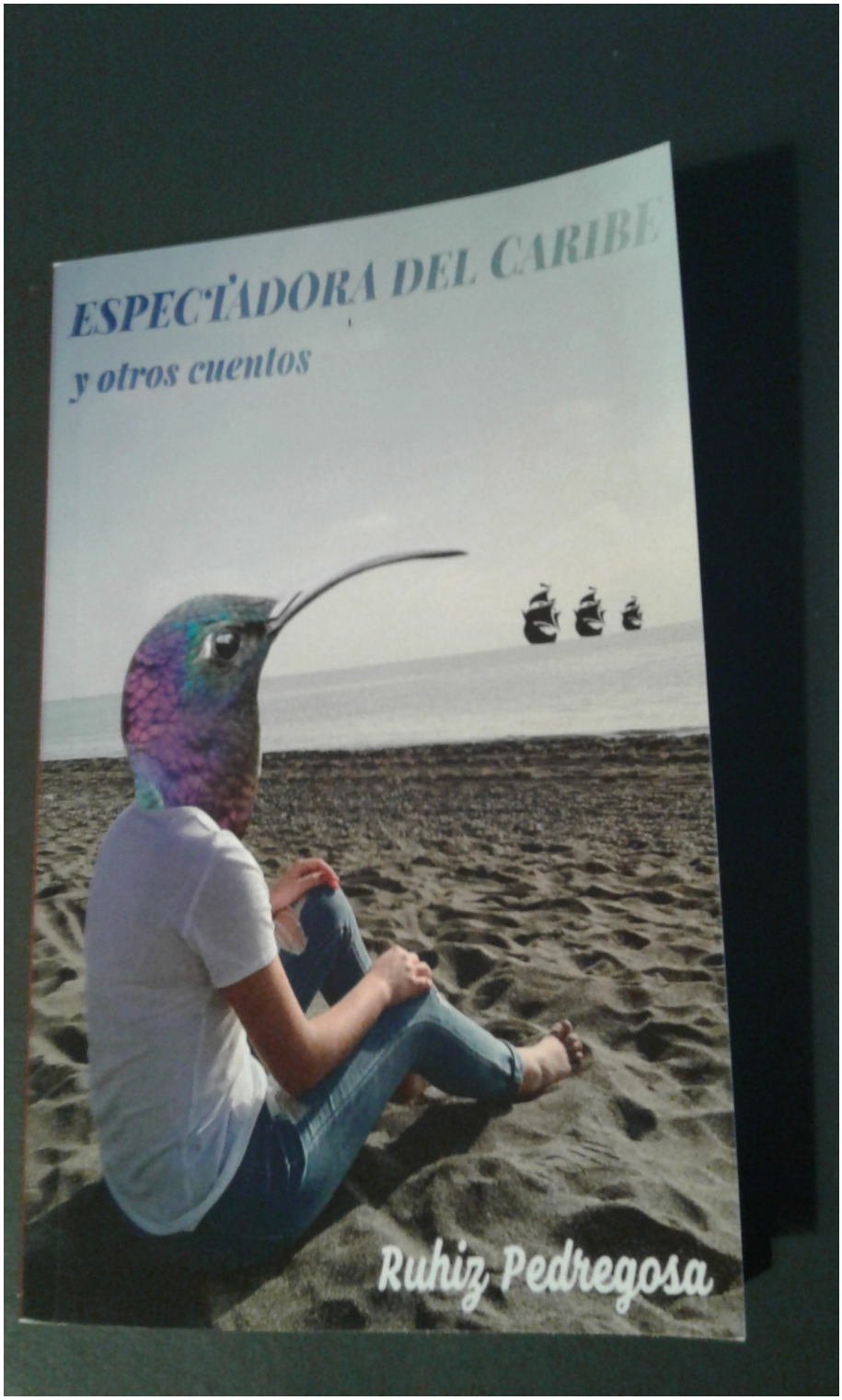
# EQUINOCCIO DE PRIMAVERA

Ruhiz Pedregosa



# Capítulo 1

Me preguntaba cuántos recuerdos de cuántas vidas habían quedado sumergidos bajo el agua almacenada en el embalse. En la orilla fértil, sentado sobre la hierba acariciadora, me angustiaba la idea de que se hubieran ahogado para siempre: Todas aquellas viviendas y las huertas, junto a la gente enraizada en el terruño, borradas de los márgenes del río, donde ahora parece que nunca hubo vida.

Mi mujer chapoteaba en el agua fresca jugando con nuestra hija, con la falda arremangada y el pelo ondeando al capricho del aire. Siempre parece la misma jovencita que conocí hace bastantes años, en la que el matrimonio y la maternidad no han hecho mella. Al contemplarla así, a cierta distancia, como ausente de mí, sentí que la deseaba como al principio y que mi amor por ella permanecía intacto, aunque cada vez resultaba más difícil demostrárselo; unas veces por las ocupaciones del día a día que no dejan un hueco para el romanticismo, y otras por dar por sentado que eso es evidente cuando la vida transcurre con normalidad. Ella ha madurado profundamente desde nuestro matrimonio; yo, en cambio, me parezco más a la niña, con la cual me he sentido tan feliz ejerciendo de padre, fantaseando con ella entre mundillos imaginarios. La pequeña ha ido hilando con sutileza un finísimo velo entre los dos, distorsionando solapadamente nuestra comunicación.

Me aterra la visión de tanta agua junta, de aquella agua verde como la cólera de los lagartos, quieta y al mismo tiempo conteniendo el bullicio de los pedazos de vida engullidos a su paso por los lechos feraces, hasta quedar frenada y pacificada por la mole de hormigón. No sé por qué siempre me ha inspirado temor el agua si al mismo



tiempo me siento ligado a ella por una portentosa fuerza de gravedad comparable a la que nos mantiene adheridos al suelo terrestre.

A veces me pregunto cómo sería vivir en las densas profundidades, donde apenas llega la luz, sin recuerdos, sin angustias existenciales. Tal como viven algunas bacterias acuáticas que permanecen intactas durante miles de milenios, sin evolucionar, sin conocer la muerte. ¿Cuántos millones de bacterias podrán vivir en el fondo del pantano? ¿Las suficientes para formar un cuerpo inmortal e insensible a las emociones y al paso del tiempo? ¿Un cuerpo visible y tan inhumano como me gustaría

que fuera el mío? Sin embargo he de aceptar mi condición
como todo mortal, intentando no perder la cabeza
en el laberinto de las preguntas ni caer en la brutalidad
por no cuestionar nada.
Qué hermoso sería ser tan puro y generoso como el
agua, que nos da la vida y acoge en su seno todo lo arrasado
mientras fluye con fuerza por ríos y torrentes, pero
que retoma su placidez natural cuando desciende hasta
los valles y se acerca al mar. No como los hombres, que
ostentamos con orgullo nuestra capacidad de herir, y
con nuestra sola presencia entre otras especies causamos
molestias y desarreglos incurables.
De pronto, un desasosiego palpitante atravesó la calma
del atardecer. Fue al pensar en el futuro de mi hija,
cuando abra los ojos en otra cercana primavera y recuerde
este día como parte de un tiempo que fue mejor
pero que probablemente no existiera. Será una más de
los niños que crezcan durante el cénit de la crisis universal
de la condición humana; niños modificados genéticamente,
vueltos casi indestructibles para resistir los
efectos de una monstruosa actividad tecnológico industrial
encaminada a una transformación radical de la especie.
Dentro de unos pocos años estos niños serán
hombres y mujeres que no necesitarán agua limpia para
subsistir, ni aire puro para respirar. Los que ya seamos

viejos para entonces moriremos fulminados por las
transformaciones químicas del planeta. Ya no habrá más
jubilados ni enfermos llenando los hospitales, sólo habrá
vivos y muertos, y los muertos se olvidarán en un cerrar
y abrir de ojos: para eso también está trabajando la ciencia.
No podía imaginarme a mi pequeña duendecilla convertida
en uno de esos seres acorazados, porque es tan delicada
como una flor de amapola a la cual una leve brisa
puede arrancar los pétalos: No acaba de llegar la primavera
y ya la oigo estornudar desplegando mucosidades
por el efecto del polen. Esa flor minúscula entre niños de
acero contemplando un cielo rojo inyectado de furia,
oscurecido por nubes de azufre. Aunque tal vez me
equivoque y con el tiempo ella también se vuelva una
flor de metal.
Para no seguir atormentándome con estas hipótesis que
se avecinan como evidencias desvié la mirada, y con ella
los pensamientos, hacia la inmensidad del agua verde
como la vegetación de los alrededores. Allí todo es verde,
aunque, a decir verdad, por entonces ya empezaban
a descollar tímidamente algunas flores blancas y amarillas.
Las ranas y las serpientes verdes pasan los días

plácidamente calentando sus cuerpos al sol o refrescándolos en el agua, según lo requiera la ocasión. Para ellas la mayor preocupación debe ser la llegada de intrusos como nosotros, porque alimento no creo que les falte, y no sé si existirá algún depredador que las amenace.
Todo allí es de un verde exultante en primavera y me recuerda lo importante que ha sido para mí esa estación, pues en primavera conocí a mi esposa, en primavera nos casamos y en primavera nació nuestra hija. Y allí estábamos. Un trío inseparable, los tres vértices de un triángulo.
El candor espléndido del sol se alejaba de soslayo por encima de los montes dejando paso a un frío aliento de anochecer con añoranzas del invierno recientemente

expirado, instándonos a recoger los bártulos para regresar a la ciudad, donde el confort de la rutina nos estaba esperando. Esa realidad que hacía unos instantes se figuraba lejana, pero que de pronto se volvía presente, reclamando a todos sus ciudadanos esparcidos por las cercanías, empeñados en librarse de ella aunque solo fuera por unas horas, como los hijos hastiados de una madre pertinaz. Pero cuando llega la hora marcada por su normativa doméstica, pues como toda buena madre es su cometido establecerla e imponerla, no hay quien se resista. Es rigurosa y nos hipnotiza con su ruido de motores y voces diluidos en el desconcierto fluyente y cotidiano que concluye en la costumbre, en la alienación colectiva.
La ciudad impasible extendiendo sus apéndices innumerables hacia los siervos, y los siervos corriendo al instante hacia ella sin atreverse a contradecir su voluntad:
Crecer y crecer persiguiendo una grandeza que la hace horrenda.
Ya de camino en el coche las dos mujeres de mi vida parloteaban y reían como dos pajarillos gozosos, buscando la bandada al anochecer para guarecerse de la oscuridad.